

[Edición digital basada en la de *La Ilustración Española y Americana* (Museo Universal. Periódico de Ciencias, Arte, Literatura, Industria y conocimientos útiles), año 15, n.º 12, 25 de abril de 1871, págs. 206-207, con la paginación original].

© Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007

Sobre la importancia social del teatro

Manuel Cañete (1822-1891)

[-206→]

Refiriéndose a la libertad con que dejaba correr la imaginación en sus poemas dramáticos, decía el *fénix de los ingenios* en el *Arte nuevo de hacer comedias*, que

.... a veces lo que es contra lo justo
por la misma razón deleita al gusto.

pero al hablar así aludía únicamente a la cuestión de forma, esto es, a la genial disposición y traza de sus obras representables, no ajustadas ni sometidas a los preceptos de la escuela que hoy se denomina *clásica*.

Con la misma oportunidad que entonces podrían repetirse ahora tales versos, bien que aplicándolos a materia más trascendental e importante.

El no conformarse las comedias en su economía y desarrollo con los cánones de Aristóteles u Horacio, lo cual valía tanto en boca de Lope de Vega como ir *contra lo justo*, podía sin duda contribuir a engendrar nuevas bellezas que *deleitasen el gusto*, sin causar en ello el menor daño a la sociedad ni al arte. Lo que hoy suele ir más contra lo justo, produciendo, no obstante, cierto deleite en el estragado gusto de la multitud, supera en importancia a la forma expresiva del drama: es el fin a que éste se dirige, ya procurando santificar o disculpar los mayores extravíos del corazón y de la mente, ya buscando en la jovialidad y en la risa medios de proporcionar algún atractivo hasta a lo más obsceno y repugnante.

¿Pueden mirar ésto con indiferencia las personas amantes del bien público?

Negar que el teatro es y ha sido siempre algo más que un mero instrumento de diversión; desconocer que influye y no puede menos de influir en las costumbres, fuera tener en poco una verdad demostrada por los hechos con terrible y desastrosa elocuencia. Equivócanse los hombres frívolos que sólo atienden a la superficie de las cosas, al suponer que es de todo punto indiferente la buena o mala índole de la representación teatral. Nada de lo que hiere de un modo u otro la fantasía, nada de lo que habla al corazón o al entendimiento debe estimarse indiferente, ni carece de eficacia para impresionar el ánimo en sentido favorable o adverso a determinados principios, a sentimientos laudables ó aborrecibles.

Yo bien sé que un hombre como Juan Jacobo Rousseau (cuyas ideas no le harán sospechoso a los que estiman signo infalible de progreso la absoluta libertad de la escena) ha dicho que exceden mucho los inconvenientes a la utilidad real del teatro; y no ignoro que, tomando sólo la parte exagerada o defectuosa de cuanto se conexas con él, traza el cuadro de sus errores y vicios con tintas las más negras y pavorosas, deduciendo, como consecuencia inevitable, que semejante institución es nociva. En efecto, si por ley fatal de su propia naturaleza el teatro no fuera otra cosa que lo que ha sido entre nosotros de algunos años a esta parte, salvo honrosísimas excepciones, nadie rechazaría como injusta la exagerada afirmación del filósofo ginebrino.

Cierto que no hay nada más pernicioso que el teatro cuando se convierte en instrumento de depravación y tira a provocar o excitar un grosero sensualismo. Mala es la desvergüenza, funesto y punible el vicio, aunque una y otro se encierren en los límites de la vida privada y no trasciendan al público. Pero cuando se ostentan a la luz del día y hacen gala del sambenito, cuando invaden la pura región del arte para convertirla en inmunda bacanal, y se tiene por mérito el escándalo, y las personas honradas que incautamente asisten a esos espectáculos no pueden menos de salir de ellos ruborizadas y contristadas, entonces no hay palabras bastante duras para condenar una institución que así se degrada y envilece. Sin embargo, desde esto a sostener con Rousseau que existe en las catástrofes trágicas de muchos dramas un fondo mayor de barbarie que en las luchas de los gladiadores romanos, y a presumir que el ver a dos hombres matarse, enrojando en sangre humana la tierra, es placer más inocente que el que produce la provechosa representación de padecimientos morales encaminados a purificar el alma, hay grandísima diferencia.

En el teatro el crimen pervierte y la moral no corrige; el teatro es siempre dañoso, exclaman sus enemigos. Y tan equivocada aserción prueba desde luego un hecho: que el teatro influye en la sociedad. Pero ese influjo, dirán algunos, está muy lejos de ser provechoso, y allí donde brota la cizaña hay necesidad de arrancarla con mano fuerte. El teatro es malo, porque presenta la fealdad del delito en su lamentable desnudez; porque siembra el mal ejemplo en la multitud y, como las aguas del mar Muerto, lleva en sus melíficas miasmas la corrupción a todo el que se le acerca. Es malo, porque teniendo eficacia para extender los gérmenes de repugnante disolución, carece de ella para hacer amable y persuasiva la enseñanza de la virtud. Semejante aseveración es en buena lógica insostenible. Dícese que el teatro es malo: mejóreselo; que tiene vicios: corríjansele; que su influencia es perniciosa: hágasela saludable. ¿Tan difícil será esto? ¿No tenemos un gran ejemplo que imitar en la sabia naturaleza, maestra que nunca engaña y que ha criado la espina junto a la rosa?. Suponer que donde hay potencia para el mal no la hay para el bien, es dudar de la bondad divina y desconocer que el hombre fue dotado de libre albedrío para que supiese discernirlos. Los excesos de un gobierno, ¿probarán nunca que todos los gobiernos son malos y que no se debe gobernar? La corrupción de una rama, ¿exigirá que cortemos el árbol por la raíz?.

¿Es por ventura menos poderosa que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?

¿No se concede acaso, porque es un hecho, que el *Werther* despertó en muchos jóvenes alemanes la manía del suicidio? ¿No es cierto que las famosas aventuras de *Don Quijote* acabaron para siempre con los delirios de la degenerada caballería? ¿Quién habrá leído una vez los inocentes amores de *Pablo y Virginia* sin codiciar sus virtudes como el mayor de los tesoros posibles? Y si es tan notable la influencia que ejerce el libro en el ánimo del lector, lo mismo para lo bueno que para lo malo, ¿cómo no ver la de la representación teatral, tanto más activa, cuanto mayor es el número de individuos a que simultáneamente se dirige? Pues si el teatro influye en las costumbres, y por consiguiente en la sociedad; si tiene la misma fuerza para predisponernos al bien que para difundir el mal, y finalmente, si las ideas morales ruegan a todos consigo mismas, según la feliz expresión de Rioja, para coger sabroso fruto de instrucción bajo la capa del deleite en los espectáculos teatrales, sólo es menester depurarlos, enaltecerlos, impedir que la obscenidad del Centauro manche la pureza de Deyanira.

Esta condición natural del teatro, que así puede ser beneficioso como dañino, según la índole de las obras representables, agrava considerablemente la responsabilidad

de los ingenios que lo alimentan con sus creaciones. Merecen, pues, execración y castigo aquellos que, debiendo hacer buen uso de la inspiración para encaminar la sociedad al bien, mediante un instrumento tan poderoso como las representaciones escénicas, se arrojan voluntariamente en el fango de vergonzosa abyección, olvidando las gloriosas tradiciones de la dramática española, por seguir el rumbo antisocial y asqueroso de dramaturgos y novelistas franceses.

No se crea que exagero. Trece años hará que la Academia de Ciencias morales y políticas de Francia coronaba en concurso público un libro consagrado a justipreciar la influencia de la novela y del teatro contemporáneo en la moral y en las costumbres de aquella nación: pues bien, en esa obra, donde la mayor sagacidad crítica se hermana con observaciones tan profundas como verdaderas, leo estas elocuentes palabras dirigidas a condenar la odiosa teoría de que las grandes pasiones y aun los grandes vicios; no sólo son atributos de almas e inteligencias superiores, sino fuente de elevada inspiración y de nobles sentimientos:— «Funesto signo de aberración intelectual, dice el libro a que me refiero, es que tales teorías se atrevan a dar a luz y síntoma efectivo de decadencia moral que la sociedad no las rechace. Allí donde los grandes vicios se consideran patrimonio de naturalezas privilegiadas, donde el exceso del mal pasa por distintivo de superioridad, y el crimen se hace aplaudir sólo por ser terrible, bien puede asegurarse que ha caído el espíritu en deplorable enervación. Sin embargo, por triste que sea decirlo, nosotros hemos llegado a tal punto de delirio y de vergüenza. Durante largos años todos hemos oído enseñar esas teorías, todos hemos visto poner en acción esa moral en los cuentos y dramas modernos. ¿Y la conciencia pública no ha levantado contra tamaños ultrajes el grito de su indignación? ¿Y no liemos arrojado a silbidos a esos infames o sangrientos héroes de la novela y del teatro? ¿Qué digo? Lejos de eso, los hemos festejado rodeándolos de pueriles demostraciones de sorpresa y estúpida admiración. Al principio, las almas débiles, a fuerza de ver el crimen así embellecido, no lo encontraban tan digno de ser condenado. La aureola de poesía colocada en su frente ha concluido por deslumbrar a los hombres de imaginación desarreglada, tocados de una loca vanidad. ¿No hemos visto a personajes cortados para figurar en cárceles y presidios, remedar el papel de héroes del drama? ¿No hemos visto a miserables asesinos embozarse, embelesando a la multitud, en su corrupción poética y en su cinismo literario? ¿No hemos visto, en fin, al interés apasionado del público sirviendo de cortejo a envenenadoras y casi levantádoles arcos de triunfo?... Después de injertar las más alas virtudes en el tronco de los mayores vicios, esa literatura ¿no ha imaginado hacer nacer el genio del abuso de las pasiones? ¿No es ella quien ha inventado la maravillosa fórmula *Desorden y genio*? Y al oirla, ¿no se diría que estas dos cosas son inseparables, que se hallan ligadas entre sí como el efecto y la causa? ¡Como si el genio, que es la inteligencia en su más alto grado de poder, no implicase la mesura en el poder mismo, la moderación en la fuerza, la disciplina en el arrebató! Convengamos en que esa es una teoría cómoda, ingeniosamente apropiada a la multitud de poetas mediocres, de falsos genios que se gozan en hacer del desarreglo una condición de talento, y en proclamar que para ser grande hombre es necesario empezar por no sujetarse a las leyes que rigen a la multitud... No, no es la gloria: la impotencia y la degradación son las que se encuentran al término de ese camino vulgar... Nunca ha salido una obra maestra de las inspiraciones de la orgía. Si la pasión reglada es fecunda, estéril es la pasión sin freno: es un torrente que pasa y destruye, una llama que brilla y devora... El amor, de debilidad que era, se ha convertido en virtud. A condición de ser violento, furioso, irresistible, se ha revestido de toda clase de méritos y grandezas. Hasta haber amado mucho (no importa a quién ni cómo), para que el amor borre por sí sólo toda mancha. ¡Precepto tranquilizador, que ci-

fra en el exceso de la pasión la excusa y redención de la pasión misma! Así han llegado a ser en nuestros días muy populares las Magdalenas de la novela y del drama, no ya presentándose como elemento capaz de interesar y conmover, lo cual entra en los dominios del arte, sino lo que era hasta hoy desconocido, como modelo de abnegación, de virtud y de grandeza moral. ¿Quién se sorprenderá, ante ese público olvido de todas las nociones de la conciencia, de que las costumbres se corrompan más cada vez en ciertas clases del pueblo».

Tal era, a juicio de un insigne pensador, el estado del teatro francés por los años de 1857. Tan perniciosa influencia ejercía en las costumbres de la nación vecina, floreciente por aquella época, la perversa condición moral de su literatura dramática. De entonces acá, lejos de disminuir, el mal ha aumentado en progresión espantosa. Apenas habrían corrido dos años desde que la primera corporación literaria de Francia coronó el libro a que pertenecen los párrafos anteriores, cuando la pluma de otro notable escritor, animado del mismo generoso espíritu, trazaba el siguiente cuadro, refiriéndose al drama de Alejandro Dumas hijo, titulado *Le père prodigue*:— «El escándalo no [-206→207-] constituye únicamente el principal atractivo de cierta literatura, si no le presta el señalado servicio de disimular su indigencia y ocultar su desnudez. El escándalo es el traje de colores chillones que cubre a la cortesana deshonrada... Si no existiese atractivo tan horrible veríais hasta qué punto es todo ello pobre, mezquino, casi tonto Procuremos, sin embargo, ser justos, y no demos demasiado al pesimismo. Si esta decadencia literaria es evidente, en cambio no es igualmente completa en todo... Las grandes causas tienen todavía sus abogados: la religión, la filosofía, la justicia, únicas cosas que valen la pena de ser amadas, encuentran aún defensores. La literatura grave mantiene todavía la superioridad con señalada ventaja. ¿Sucede lo mismo con la literatura que se dirige al mayor número de gentes y que se llama literatura de imaginación? ¿No es en ella donde la marea creciente de la medianía amenaza sumergirlo todo? ¿Y no parece que el mal es tanto más activo cuanto la forma literaria que invade es precisamente la que se dirige a más vasto público?... En el teatro, es decir, en el drama y en la comedia, arte de la multitud, que se dirige a todos indistintamente, ricos o pobres, literatos o ignorantes, la decadencia es completa. En él no se advierte ninguna huella de graves pensamientos, ningún cuidado de la grandeza moral, ningún rayo de poesía. El genio es reemplazado por un cierto instinto de habilidad material, comparable al instinto arquitectónico del castor. El arte, cuando se digna mostrarse en la escena, se eleva únicamente a la altura de la fotografía y del daguerrotipo. A decir verdad, en el teatro es donde se han lijado ahora las columnas de Hércules de la decadencia literaria.»

Comentando las anteriores palabras, a fin de que aprendiésemos en cabeza ajena, ya que desde hace muchos años hemos seguido tan ciegamente las huellas del teatro francés, escribía yo por aquel entonces: —«Sin duda que a la larga será también perjudicial a los sanos principios que algunos autores de la pléyade reinante dicen que quieren defender en la escena, la equivocada noción que tienen de las verdades morales y religiosas. El error franco y sin máscara (sobre todo cuando llama en su auxilio el atractivo de las imágenes poéticas, y apela al oropel deslumbrador, a la loca frondosidad en que desperdician su savia imaginaciones enfermizas) causa grandes males; porque los entendimientos sin lastre se dejan fácilmente arrebatar de tan falso brillo, y los incautos seducir de halago tan mentiroso. Pero estos males se pueden evitar cerrando oídos a la declarada seducción del error o de la doctrina antisocial, cuya franqueza suministra los medios de precaverse. Contra lo que no cabe precaución en cierta clase de gentes, y mucho menos en el vulgo de los espectadores, que no se para a investigar la verdadera significación e importancia de las cosas, es en el error que se cubre con capa de verdad, ni

en la verdad incompleta, mucho más perjudicial a veces que el error mismo. Afectar un sentimiento que no se siente, proclamar una verdad en que no se cree, o de la que no se sabe dar una razón exacta, es tanto más ocasionado, cuanto que la ignorante multitud toma por moneda corriente esas mentidas ideas religiosas y morales, tan poco en armonía con los principios de la religión verdadera como con las fecundas doctrinas de la moral social, en cuya recta aplicación estriba la mayor dicha de naciones e individuos. Urge buscar atinada solución a un problema literario, filosófico y moral de tanta trascendencia. Las personas de ilustración y de buena fe deben formar empeño en levantar diques para contener cuanto antes un mal del que la generalidad de las gentes no hace gran caso, pero cuyo desarrollo contribuye eficazísimamente a engendrar terribles catástrofes y de tales consecuencias que traspasan los límites de la previsión humana»

El día de las grandes catástrofes no se ha hecho esperar mucho tiempo: once años son un punto en la vida de las naciones. La propagadora de la inicua moral encarnada en esa odiosa literatura y en ese arte escénico envilecido, está ya recogiendo el acerbo fruto de su infame proceder. Abramos los ojos, nosotros que la seguimos de cerca. Desterremos de nuestra escena las locuras enemigas de la moral y del arte. Proscribamos las indecencias y no tomemos por indiferente desahogo del buen humor y de la risueña musa de la alegría los vergonzosos engendros del más impúdico y descarado libertinaje.

Cuando se están tocando en todas partes, y muy particularmente en Francia (que ayer misino se lisonjaba todavía de marchar a la cabeza de la civilización del mundo), los naturales resultados de la perniciosa propaganda a que tanto han contribuido las obras escénicas de Félix Pyat y de la infernal cohorte de autores dramáticos empeñados en trastornarlo todo, combatiendo y ridiculizando para conseguirlo cuanto hay de más santo en las creencias, de más noble en los afectos, de más respetable en las instituciones, de más puro en las costumbres,—nadie podrá razonablemente desconocer la influencia que ejerce en ellas el teatro, ni poner en duda su importancia. A separarlo de tan funesto camino, a sacarlo del fango asqueroso en que se revuelca, para convertirlo en útil medio de civilización y cultura, deben encaminar sus esfuerzos los hombres de buena intención que estimen en algo los fueros del orden social y de la belleza artística. Cuanto se predique y escriba con tal objeto será poco, atendida la gravedad del mal y lo mucho que importa ponerle pronto remedio.